

Domingo 1: El Único Consuelo en la Vida y en la Muerte

Pregunta y Respuesta 1

Lectura: Isaías 40:1-11

Salterios:

Primero: 241:1,2,5

Segundo: 327:1-3

Tercero: 114:1-4,7

Cuarto: 53:1,3,5

Último: 151:4,5

Querida congregación,

El profeta Isaías fue llamado a predicar un mensaje especial: *“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su tiempo se ha cumplido, que su pecado es perdonado, que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”* (Isaías 40:1-2). Fue un gran y consolador mensaje. ¿A quiénes estaba dirigido este mensaje? Al considerar el contexto de este libro, pronto nos daremos cuenta de la respuesta. Estaba dirigido a un pueblo en exilio, un pueblo que había sido llevado cautivo a la tierra de sus enemigos. A un pueblo que tenía que morar ahí por su propia culpa, un pueblo que no tenía consuelo y, sin embargo, no podía estar sin Dios. Espero que esto sea verdadero para usted también: Que usted sea un exiliado debido a sus pecados, que su corazón se haya quebrantado debido a esto y que reconozca que Dios no sería injusto si decide dejarlo perecer en su miseria; pero que también usted tenga un corazón clamando a Él.

Congregación: ¡Qué gran maravilla es cuando Dios abre Su Palabra para tales exiliados! Cuando envía a Sus siervos y les ordena predicar un mensaje consolador, tal como lo tuvo que hacer Isaías. El pueblo de Israel en Babilonia, como un remanente conforme a la elección de Su gracia, fue visitado por el cielo, instruido por el profeta y favorecido por medio de Jesucristo. Israel fue redimido por Aquel que llevó su castigo y obtuvo el consuelo divino para ellos. ¿Y qué es el consuelo? Es un fundamento firme, un dulce alivio, y una esperanza viva para aquellos que no tienen esperanza, ni consuelo, ni fundamento sobre el cual mantenerse en pie ante el Dios vivo.

Con la ayuda del Señor, quiero que pongamos nuestra atención en el Catecismo de Heidelberg para considerar la primera pregunta del Domingo 1.

Pregunta 1: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?

Respuesta: Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, que me libró del poder del diablo, satisfaciendo

enteramente con su preciosa sangre por todos mis pecados, y me guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer, antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.

Congregación, nuestro Catecismo habla de:

El Único Consuelo en la Vida y en la Muerte

Con la ayuda del Señor, veremos los siguientes tres puntos:

1. La pregunta sobre este consuelo
2. La esencia de este consuelo
3. La seguridad respecto a este consuelo

Lo repetimos: El único consuelo en la vida y en la muerte. En primer lugar, consideramos la pregunta sobre este consuelo; en segundo lugar, su esencia; y, en tercer lugar, la seguridad o certeza respecto a ello.

Primer pensamiento. La pregunta sobre este consuelo.

Congregación, nuestro Catecismo de Heidelberg fue escrito en un tiempo de mucha confusión. Una gran Reforma había tenido lugar en Alemania y los países circundantes. El evangelio de la gracia libre y soberana fue predicado de nuevo desde los púlpitos, y luz estaba resplandeciendo en las tinieblas de muchos corazones. Sin embargo, entre los hijos de la Reforma, hubo controversias sobre diferentes asuntos, particularmente sobre el entendimiento de la Cena del Señor. Parecía que los seguidores de Martín Lutero se adherían aún a la vieja levadura de la Iglesia Católica Romana en varios aspectos, y el pueblo común no sabía qué pensar de todo esto. Estaban sumidos en mucha confusión. Así era la situación en el Palatinado Alemán. El Palatinado era una provincia de Alemania donde reinaba Federico III. Este hombre temeroso de Dios se entristecía por los errores y la confusión entre sus súbditos. Deseando poner todo en orden para el bienestar de su iglesia y país, invitó a varios predicadores y profesores a Heidelberg, un pueblo conocido por su universidad. Entre ellos estaban Zacarías Ursino y Gaspar Oleviano. Aunque estos dos hombres aún eran muy jóvenes, fueron comisionados a escribir un resumen de la enseñanza bíblica: un bosquejo de la doctrina que es conforme a la piedad. Uno tenía veintiocho años y el otro solamente veintiséis años.

¿Lo escuchan, jóvenes? No necesitan tener muchos años para ser convertidos. En realidad, ni siquiera sabemos si llegaremos a la vejez. Los jóvenes también pueden morir. Incluso niños pequeños pueden ser llevados de esta vida. ¿Se dan cuenta de ello? ¿Se preguntan a veces:

“¿Será posible que alguien como yo también sea convertido?” Entonces, ¡piensen en los dos hombres jóvenes que Dios utilizó para escribir nuestro Catecismo de Heidelberg! Dios había puesto Su mano de gracia sobre ellos, y eso fue la más grande maravilla en sus vidas; pero al Señor también le agradó usarlos para el beneficio de Su iglesia y para provecho de muchas generaciones aún venideras. Estos fueron los dos hombres que escribieron este librito en que se expone la Palabra de Dios y los tesoros de la gracia son descubiertos para los corazones de pecadores pobres y necesitados.

Cuando Catecismo de Heidelberg fue publicado inicialmente en 1563, fue recibido con mucha aprobación no solo por Federico III, sino también por las congregaciones donde el libro fue considerado. El Catecismo de Heidelberg fue traducido al holandés y a muchos otros idiomas. Pedro Dathenus, en particular, fue fundamental en introducir este catecismo a las iglesias en los Países Bajos. Más de cuatrocientos años después, aún no se ha sobrepasado este librito. Sigue siendo muy instructivo y demasiado precioso. Se ha ganado los corazones del pueblo de Dios y hace eco en sus almas. Al mismo tiempo, es muy útil para la instrucción de los jóvenes. En el Sínodo de Dort, en los años 1618 y 1619, se acordó que todos los predicadores y maestros pusieran su firma debajo de esta confesión y que cada domingo por la tarde los ministros explicaran el Catecismo de Heidelberg a sus congregaciones. Es por eso que se divide en cincuenta y dos capítulos, o, como en español son llamados, cincuenta y dos domingos. En una palabra, este librito es un libro de consuelo para Sion.

Al comenzar con la explicación del Catecismo de Heidelberg este domingo, es mi sincero deseo que el Señor revele los misterios de la salvación y que la instrucción del Catecismo sea aplicada a sus almas por Su Espíritu. Que tanto los jóvenes como los mayores reciban una bendición de ello para el tiempo presente y para la eternidad, y que aprendamos a sentir la necesidad que tenemos de ese único consuelo. Además, que, a su debido tiempo, un pueblo sin consuelo pueda experimentar el consuelo del que escribieron estos dos hombres en nuestro Catecismo de Heidelberg. ¿No es este consuelo la cosa más importante aquí en la tierra? ¿No es acaso la única cosa necesaria? ¿No deberíamos preguntarnos: “¿Cuál es mi único consuelo tanto en la vida y como en la muerte?”

El Catecismo *comienza* con esa pregunta: “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” ¿Notan que el Catecismo simplemente presume nuestra necesidad de consuelo? La primera pregunta no es: “¿Necesita usted, quizá, algún consuelo?” La pregunta es directa: “¿Cuál es tu único consuelo?” En otras palabras, ¿cuál es la fuerza de su vida, el fundamento sólido en que se mantiene, dónde está su refugio en necesidad y miseria?” “¿Cuál es tu único consuelo?” La pregunta no se trata de otras personas, sino de nosotros mismos. Es una pregunta muy personal: “¿Cuál es *tu* único consuelo?”

Sería bueno, congregación, subrayar la palabra “único” porque hay muchos tipos de consuelo. Hay muchas cosas de las cuales derivamos un cierto consuelo en nuestras vidas, pero el Catecismo habla de verdadero consuelo, consuelo que dura, el único consuelo. Esa es la pregunta. ¿Es su consuelo el único consuelo? ¿Posee usted la Perla de gran precio?

“¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida *como en la muerte*?” “En la muerte”, dice. Podemos recibir consuelo de varias cosas en nuestra vida, pero esas cosas nos fallarán en el momento en que estamos llamados a comparecer ante el tribunal de Dios. ¿Tendrá usted consuelo en la hora de la muerte? Jóvenes, si tuvieran que morir esta semana; si tuvieran que comparecer ante Dios, ¿tendrían un consuelo sólido? ¿Tendrían una esperanza fundada para una eternidad decisiva?

“¿Cuál es tu único consuelo *tanto en la vida como en la muerte*?” Consideren también estas palabras: “en la vida”. El consuelo de la iglesia de Dios es un consuelo no solamente para la hora de su muerte, sino también para su *vida*. Es tan necesario, congregación, que aprendemos a conocer este consuelo en nuestra *vida*. No piensen: “Al llegar a una edad más alta, me convertiré en alguien más serio, leeré mejores libros, oraré un poco más, y así esperaré ir al cielo al fin.” No, se están engañando a ustedes mismos. Deben aprender ahora a buscar el consuelo que les ayudará durante esta vida y que no los abandonará cuando tengan que cruzar el Jordán de la muerte.

“¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” No la consideren solo como una pregunta retórica. Es una pregunta que requiere una respuesta. No es solamente una pregunta del hombre, sino de Dios mismo: “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” A muchas personas no les gustan tales preguntas. Les hace sentirse incómodas e inquietas. “No es asunto suyo”, dicen. Pueden incluso sentirse molestos cuando, por ejemplo, durante una visita a su hogar, se les plantean tales preguntas en lo más profundo de su corazón. Sin embargo, cuando el Señor nos hace sinceros, no nos oponemos a ser cuestionados y examinados. Entonces deseamos ser examinados a fondo y ser instruidos a partir de la Palabra de Dios. Entonces preferiríamos escudriñar nuestros corazones mil veces, orando “Oh Señor, pruébame y conoce mi corazón”, que engañarnos tan solo una vez para una eternidad perpetua.

Así que, “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” Vengan, den una respuesta honesta. Si preguntara a una niña, “¿Cuál es tu consuelo?”, ella vendría quizá con su muñeca y diría: “Esta muñeca es mi consuelo.” Si preguntara a un niño, “¿Cuál es tu consuelo en la vida?”, quizá apuntaría a su bicicleta u otro juguete. Un niño es honesto. Al madurar, el hombre tiende a esconderse más. Por lo tanto, preguntamos otra vez: “¿Cuál es tu consuelo?” Para alguno puede ser su riqueza, para otro su posición importante en la sociedad, y para otro incluso sus hijos. Para otros, especialmente hoy en día, parece ser tener y mantener una buena salud. Eso es el consuelo de muchos en nuestra sociedad hoy. También hay los que buscan su consuelo en la religión: “Voy a la iglesia y cumplo mis deberes, ¿no es así? Además, no soy parte

de los del mundo, y pido a Dios que me guarde del pecado. Incluso hay ocasiones en que un salmo me toca de tal manera que soy movido a lágrimas.”

Todo eso es honorable, congregación, pero necesitamos algo más que solo eso. De una manera muy sutil, podemos edificarnos sobre tales cosas; las hacemos nuestro fundamento, ¡pero ese fundamento nunca perdurará por la eternidad! Nos mantienen bajo la esclavitud del pecado. ¡Nunca lo olviden! Ya no somos libres, sino esclavos del Príncipe de las Tinieblas. ¿Cuál es la parte más triste? ¡Que somos completamente ciegos a esto! Nuestros ojos deben ser abiertos para verlo. Debemos ser puestos ante la Santa Ley de Dios para aprender nuestra miseria. Debemos recibir luz de arriba para ver nuestra culpa y miseria. La siguiente vez, cuando consideremos la segunda pregunta del Domingo 1, esperamos oír más acerca de esto. Mientras tanto, intentemos recordar que somos esclavos, aunque pensemos que somos libres.

Congregación, ese es el problema de cada uno de nosotros por naturaleza. Queremos ser nuestro propio maestro, pero para una criatura caída, ser su propio maestro es la peor forma de esclavitud imaginable. ¿Saben cuándo éramos libres? Nuestros hijos saben la respuesta. ¿Cuándo era el hombre libre? ¡Cuando estaba en el Paraíso, en el estado de rectitud! Entonces Adán y Eva caminaban con Dios. Entonces éramos libres y felices sirviendo a Dios, pero nos rebelamos contra Dios. Nos alejamos de Dios y caímos hacia el diablo. Por eso estamos atados y encadenados al pecado, por eso estamos solos, y por eso nos hemos convertidos en exiliados en el mundo.

¿Ya han comprendido esto? ¿Han llegado a verlo ya? Los ojos de los hijos de Dios han sido abiertos a esta terrible realidad. Han sido llevados a reconocer su condición perdida. Oh, ¡esto ha resultado en una tristeza en su corazón incomparable a cualquier otra tristeza! Hay mucha tristeza y luto en este mundo; piensen, por ejemplo, en la tristeza de perder a un ser querido, pero esta tristeza por el pecado es más profunda aún. ¿Quién puede expresar lo que significa tener que estar sin Dios y ya no poder soportar más estar lejos de Él? Eso es lo que la Biblia llama una *“tristeza que es según Dios”* (2 Corintios 7:10). Es una tristeza por el pecado. Es una tristeza que busca a Dios. No, esta tristeza no siempre se revela en un diluvio de lágrimas, aunque a veces, junto con David, los que tienen esta tristeza experimentan *“Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche”* (Salmo 42:3). Esta tristeza es como una herida profunda dentro del corazón; una herida que sangra y sangra y que nadie puede curar, una herida que nos acompaña dondequiera que estemos. ¿Conocen esta tristeza? Oh, entonces sienten que merecen ser desterrados de la presencia de Dios para siempre. Entonces se sienten celosos del pueblo de Dios, que tiene un Dios para su corazón y un Fiador para su alma.

Segundo pensamiento. La esencia de este consuelo.

¿Alguna vez han conocido a personas tan felices? Aquí, en el Domingo 1, encontramos a uno de aquellos que puede decir que ya no se pertenece a sí mismo, sino que ha llegado a ser la propiedad de Otro. Ahora pertenece a Jesucristo, su fiel Salvador. Esa es la esencia de su consuelo. ¡Qué razón, en verdad, para una agradecida humildad! Pertenecer a Cristo —ese precioso Salvador— es verdadero consuelo. ¡Es felicidad, sí; dicha sin igual!

¿Pero cómo ocurrió eso? Preguntémonos: “¿Cómo se convirtió en Su propiedad?” Congregación, a menudo, cuando se plantea esta pregunta se hace un silencio, un silencio doloroso. “¿Cómo llegó a ser Su propiedad? Usted habla de Cristo, pero ¿cómo ocurrió que Él se reveló a usted? Usted habla de un Dios que es su Dios. ¿Me podría contar un poco de cómo esto sucedió en su vida?” Entonces, la carroza se detiene, y a veces incluso se puede ver enojo. Sin embargo, es una pregunta sumamente importante: “¿Cómo se convierte alguien en propiedad del Señor Jesucristo?”

Aquí, en nuestro Catecismo, vemos una respuesta doble a esta pregunta. Aquí tenemos un hijo de Dios que puede creer que Jesucristo pagó por sus pecados y que el Señor lo ha librado de toda su esclavitud. Él puede regocijarse en Aquel que, con su preciosa sangre, ha satisfecho enteramente por todos sus pecados y que lo libró de todo el poder del diablo. Así que Cristo ha hecho algo *por* Su pueblo, y hace algo *en* Su pueblo.

En primer lugar, ha hecho algo por Su pueblo. Él vivió una vida santa y murió por ellos en el Calvario. Satisfizo plenamente la justicia de Dios. Se entregó como un rescate a Su Padre. Derramó Su sangre por enemigos para reconciliarlos con Dios. Esta es la gloriosa obra de la expiación por la cual Cristo ha satisfecho todas las demandas de la ley y de la justicia de Dios. En segundo lugar, Jesucristo también ha traído liberación del pecado y de Satanás. Oh, ¡qué maravilla para este hijo de Dios en el Domingo 1! “El Señor Jesús también ha hecho algo dentro de mi corazón”, él dice; “en mi corazón renuente, mi corazón donde Satanás tuvo su trono, mi corazón tan lleno de pecado, incredulidad, tinieblas e impureza. Él me ha trasladado de la muerte a la vida, del estado de pecado al estado de gracia, de las tinieblas a Su luz admirable. En resumen, me ha librado de todo el poder del diablo. Así es como he llegado a ser la propiedad de Cristo.” ¡Qué respuesta más bendita! ¡Qué seguridad más gozosa!

¿Reciben los hijos de Dios este conocimiento inmediatamente cuando el Señor comienza a obrar en sus corazones, así como cuando Él viene a convertirlos y librarlos del pecado? No, de hecho, es lo opuesto. Ellos comienzan a ver su miseria. Comienzan a sentir sus cadenas. Déjenme darles un ejemplo que nuestros hijos fácilmente pueden entender. Supongan que están profundamente dormidos, y, mientras tanto, alguien los ata a su cama. ¿Les molestará eso? No, mientras sigan dormidos, no les molestará. Quizá ni se den cuenta de ello. Pero tan pronto como se despierten y quieran salir de sus camas, comenzarán a sentir las cadenas. Entonces se darán cuenta de que están atados y que no pueden deshacerse de esas cadenas. ¿Entienden lo que

quiero decir? Cuando Dios despierta a Su pueblo de su sueño espiritual, comienzan a sentir esos lazos, esas cadenas del pecado. Sí, han recibido un nuevo corazón y un deseo de vivir para Dios, pero no pueden. Les gustaría vencer el pecado, pero son derrotados una y otra vez. No solo *cometen* pecado; ellos *son* nada más que pecado e injusticia. Eso es lo que aprenden. Están encadenados por el pecado y Satanás. Son criaturas profundamente caídas. Son hijos de ira. En otras palabras, cuando el Señor viene a librarnos, comenzamos recién a ver nuestra esclavitud. Tenemos que tratar con Dios, un Dios santo que no puede permitir que el pecador quede impune. Llegamos a ser turbados por la corrupción interna de nuestro corazón y por el poder de Satanás. Comenzamos a clamar desde lo más profundo por liberación.

¿Sabe usted lo que es esto? ¿Es usted tal prisionero, tal exiliado? Comenzamos con las profecías de Isaías, capítulo 40. ¿Hay exiliados en nuestro medio, gente que no se siente como en casa en este mundo? Algunas personas, después de mudarse a un nuevo país o una nueva ciudad, pueden sentirse tristes. Quizá digan, “Este país es tan extraño para mí, y no me puedo acostumbrar a él, a las costumbres aquí, al estilo de vida, al lenguaje y a todas esas cosas con las que no he estado familiarizado desde mi niñez.” Pero ojalá haya otra clase de extranjeros aquí: extranjeros espirituales. Ojalá haya exiliados en la iglesia, extranjeros y marginados que anhelan encontrar un lugar con Dios, que no buscan la ciudad que está abajo, sino la ciudad permanente. ¿Decimos con esto que tales personas no tienen ningún consuelo? ¿Qué nunca reciben un ánimo desde lo alto? No decimos eso. El Señor no es para ellos ni un desierto, ni una tierra llena de tinieblas. Bajo la predicación de la Palabra de Dios, a veces se mencionan sus nombres, y su corazón se declara. ¡Cuán maravilloso es eso! A veces, cuando esperan recibir golpes en la iglesia, reciben amor, y pueden probar algo de esa paz que sobrepasa todo entendimiento.

Sin embargo, llega a ser más y más imposible para ellos ser salvos y encontrar paz con Dios. Se convierte en un verdadero enigma: “¿Cómo podré ser convertido? ¿Cómo podré reconciliarme con Dios? Dios no puede pasar por alto el pecado, ¿verdad? Dios no renuncia a Su justicia, ¿cierto?” Estos son los nudos que no pueden desatar. Qué maravilla es, entonces, cuando en su perplejidad se abre un camino de liberación en Otro: en Aquel a quien apunta nuestro Catecismo, ¡en Aquel de quien la iglesia puede decir que satisfizo “enteramente con su preciosa sangre por todos mis pecados”, y “me libró del poder del diablo”! Esta es la maravilla de la gracia libre y soberana. Hay Uno quien siempre mantuvo en Su vista el honor de Su Padre, ese honor que hemos pisoteado tan gravemente. Hay Uno que siempre buscó la gloria de Su Padre y se dio a sí mismo por amor eterno a un pueblo de pecadores.

Oh, ¡qué bendición si, por primera vez en su vida, pudiera ver algo de esto! ¿Qué dirá entonces? ¿“Él es mío, y yo suya”? No, no lo dirá. Si sus ojos han sido abiertos por Él, su corazón saltará de alegría, pero no podrá decir: “Él es mío, y yo suya”. Sin embargo, hay algo que ha cambiado. Hay una nueva dirección en su vida. Antes era una criatura que echaba de menos a Dios; ahora es una criatura que echa de menos a Cristo. Se convierte en el lenguaje de su corazón: “¡Dame a

Jesús, si no, muero!” Nace un anhelo de conocerlo, de huir a Él, de poseerlo y de reconciliarse con Dios a través de Él. Oh, usted ve algo en Jesús que no vio en Él antes. Cuando Su precioso Nombre es proclamado en la predicación del evangelio, su corazón comienza a arder de amor. Hay veces que usted susurra: “Señor, si tan solo pudiera tenerte a ti, entonces sería tan feliz. No hay nada que desee más.”

El deseo de un pecador que echa de menos a Cristo no quedará sin respuesta. Cristo vendrá y declarará su corazón a Su indigna esposa. Sin embargo, *¿cómo* hace el Señor esto? ¡Haciendo cada vez más pobre a su pueblo! Recuerden eso. A veces piensan que llegarán a ser más ricos. Esperan que, poco a poco, serán cada vez más santos. Quizá *usted* también haya tenido esta esperanza. Quizá llegó un tiempo en que el pecado no tuvo tanto poder en su vida. Con Dios usted escaló muros, y esperaba que se acerque el día cuando pudiera decir: “Ahora sí soy convertido”. ¿Pero en qué quedó todo esto? Ahora usted está sentado sobre un montón de cenizas, sobre los escombros de su vida, inconverso, sin consuelo, impío, sin Dios y sin esperanza. ¿Es este el camino por el cual el Señor guía a Su pueblo a la seguridad de su salvación? Sí, lo es. Siempre va por el camino de la imposibilidad, un camino en el cual pierdo mi consuelo, mi santidad basada en mis obras, y todo lo demás —un camino por el cual soy llevado a inclinarme ante Dios y aceptar mi sentencia de muerte. “Oh, eso debe ser terrible”, dirá alguno. No, eso no es terrible. No hay lugar más dulce que el lugar donde Dios se convierte en *Dios* en mi vida y donde yo no soy más que una criatura que merece el infierno. No hay lugar más dulce que el lugar donde Dios es libre de hacer lo que le plazca conmigo.

¿Qué piensan, congregación? ¿Echará fuera Dios a tales personas? Piensen en la mujer cananea (Mateo 15:21-28). No los echa fuera. El Señor abre Su corazón y les declara Su amor. En ese lugar de autodesprecio y aborrecimiento, el pecador es llevado a estar de acuerdo con un Juez justo. Espera morir y perecer, pero el Padre viene con Su tierna misericordia. Cuando el pecador es despojado de todo, Cristo es aplicado al alma, y el manto de justicia le es dado. Es una obra de gracia unilateral, pero el fruto es para la iglesia. Oh, ¡qué lugar más bendito es ser humillado hasta el polvo! Es ahí donde el Salvador es abrazado por una fe dada por Dios, y donde la esposa puede decir: “*Mí amado es mío y yo soy suya*” (Cantares 2:16).

En el Domingo 1 escuchamos este lenguaje de la fe —el lenguaje de alguien que puede gloriarse en Dios por medio de Cristo. Él puede responder a la pregunta acerca del consuelo en la vida y en la muerte. Él puede participar de la esencia de ese único consuelo. “Este es mi consuelo”, él dice, “que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo.” El nombre Jesús significa “Salvador”, y el nombre Cristo significa “Mesías” o “El Ungido”. En otras palabras: “Yo me pertenezco al Salvador, al Mesías, a Aquel que, con Su preciosa sangre, ha satisfecho enteramente por todos mis pecados, y me ha librado de todo el poder del diablo.” ¡Cuán feliz es el hombre que puede decir esto! ¡Cuán benditos aquellos que pueden confesar esto basados en un fundamento firme!

Alguno dirá: “Sí, ¿pero eso continuará así en sus vidas? ¿Seguirá así?” Esa es la pregunta ansiosa que puede surgir en el corazón de aquellos peregrinos hacia Sion. Un mundo incrédulo no se preocupa por ello, y una “cristiandad creyente y feliz” no lo comprende, pero los peregrinos en su camino hacia la Jerusalén celestial muy a menudo pueden temer que nunca llegarán al fin de su viaje. Temen y se preguntan: “¿Se quedará así?”

Por lo tanto, consideremos las siguientes palabras de la respuesta: “y me guarda de tal manera que, sin la voluntad de mi Padre celestial, ni un solo cabello de mi cabeza puede caer”. ¿Escuchan eso? Dios no hace una obra a medias. *Nosotros* podemos hacerlo. Podemos comenzar algo sin la capacidad de terminarlo. Por ejemplo, un granjero puede comenzar a construir un granero más grande, esperando que tendrá suficiente dinero para completar lo que comenzó. Sin embargo, debido a circunstancias no esperadas o debido a errores graves, quizá se vea obligado a decir: “No puedo completarlo; tengo que dejarlo”. El Señor nunca se verá obligado a decir esto. *Nunca* ha hecho una obra a medias, y *nunca* hará una obra a medias en la vida de Su pueblo.

Por eso, leemos en el Catecismo, “me guarda”. Cristo no solamente ha hecho algo *en el pasado*, no solo ha satisfecho a Dios y redimió a Su pueblo, sino que Cristo también hará algo *en el futuro*. Los preservará hasta el fin. Lleva a sus ovejas en Sus manos traspasadas, y también las entrega en las manos de Su Padre. Ni una sola de esas ovejas —ni aun el cordero más pequeño— será arrebatada de la mano de Cristo. Sí, Él perfeccionará lo que por ellos se ha comprometido a hacer. Él ha comprado a Sus ovejas, las ha llevado a Su rebaño, y ahora las preserva. Él las guarda hasta el fin. “*Como pastor apacentará su rebaño, en su brazo recogerá los corderos y en su seno los llevará; conducirá suavemente a las paridas*” (Isaías 40:11).

Esto no significa que el pueblo de Dios siempre tendrá un viaje fácil y que constantemente recorrerá un camino sencillo. La experiencia nos enseña algo diferente. Hay muchas tribulaciones, muchas pruebas y muchas tentaciones por las cuales debemos pasar. Sin embargo, Dios los preservará en esas dificultades. Se asegurará, en Su cuidado paternal, de que ninguno perezca.

“Me guarda de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer.” Sí, esos cabellos *pueden* caer, y de hecho *sí* caen, pero son contados —cada uno de ellos— y por eso “todas las cosas sirven para mi salvación”. Esto quiere decir que todas las cosas deben servir y conducir a mi salvación.

Querido pueblo de Dios, a veces podemos pensar que *muchas* cosas sirven para nuestra salvación, pero aquí el Catecismo dice “todas las cosas”. No algunas cosas, no muchas cosas, sino *todas* las cosas. Eso también es cierto en aquellos momentos en que, como Jacob, usted piensa que todas las cosas están en su contra, cuando le falta toda esperanza, todo ánimo y toda

libertad en la oración. “Todas las cosas sirven para mi salvación”. No, el pueblo de Dios no siempre lo ve, pero hay tiempos en los cuales pueden *creerlo* y momentos en los cuales pueden *experimentarlo*. Esos son los tiempos más benditos. Esos son los momentos en que su corazón vivirá las palabras que queremos cantar juntos del Salterio 53, las estrofas 1, 3, 4 y 5.

* * * * *

Tercer pensamiento. La seguridad respecto a este consuelo.

Congregación, es el Apóstol Pablo quien dice en Romanos 8:28: “*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.*” Es como si oyéramos el eco de esas palabras en el primer Domingo de nuestro Catecismo de Heidelberg. Pablo dice: “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...” Lo que sigue no es un punto final, sino una coma. Él escribe: “*a los que conforme a su propósito son llamados*”. Eso debería ser la pregunta más importante de nuestra vida: “¿Soy uno de ellos? ¿Soy uno de los llamados que lo aman, para los cuales todas las cosas ayudan a bien?” ¿Cómo saberlo? La respuesta se encuentra en la última parte de la Pregunta 1. Dice: “Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, de la vida eterna, y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.” En resumen, el Señor asegura a Su pueblo y lo hace dispuesto a vivir para Él.

En primer lugar, los *asegura* de la vida eterna. ¿Cómo lo hace? Lo hace por Su Espíritu. Es el Espíritu que Cristo ha merecido para Su pueblo, el Espíritu del Padre y del Hijo. El Espíritu ha venido para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). ¿Ya ha ocurrido esto en su vida, congregación? ¿Ha sido usted convencido del pecado? ¿Se ha convertido esa justicia en una realidad para usted? ¿Le ha hecho temblar ante el juicio de Dios? En resumen, ¿le ha mostrado el Espíritu Santo las profundidades de su corazón de tal manera que se ha sorprendido por su pecado e impureza? Es ese mismo Espíritu quien glorifica a Cristo en los corazones de los pecadores con corazón quebrantado. Él saca los tesoros de la gracia del almacén de Cristo y los muestra a los pobres y necesitados. Él los guía a toda verdad. ¡Oh, bendita hora, cuando el Espíritu Santo viene a señalarles al precioso Salvador bajo la predicación del evangelio! ¡Cuando viene a revelar un camino donde usted ya no veía ninguno! ¡Cuando Cristo Jesús empieza a resplandecer en toda Su gloria, mostrándose como absolutamente necesario, perfectamente adecuado, infinitamente precioso y totalmente dispuesto a salvar incluso al peor de los pecadores!

¿Conocen algo de esto, querida congregación? ¡Qué maravilla sería! No, el Espíritu Santo no se detiene ahí. Él sigue alejando el alma de un pecador que busca la salvación de todos los falsos fundamentos de descanso fuera de Dios y de Cristo. Él los lleva al fin de la ley, al fin de sus obras, al fin de sus emociones y sentimientos, para que se conviertan en una gran bestia delante de

Dios. Entonces, guiados por ese Espíritu, son capacitados para refugiarse en Cristo, para tocar el borde de Su manto y para experimentar que en Él hay fuerza y justicia. El Espíritu Santo los lleva a la muerte para que encuentren la vida en Cristo. Él lleva a una esposa indigna al Esposo celestial y pone Su sello sobre esa unión. Cuando Cristo puede ser abrazado como el Don del Padre, el Espíritu mismo da testimonio a sus corazones de que son hijos de Dios. Son asegurados de ese único consuelo. ¡Qué maravilla! La maravilla más grande no es cuando *otras personas* son aseguradas, sino cuando *yo mismo* puedo ser asegurado de la vida eterna. Cuando esto ocurre, lo encuentro todo en Dios por medio de Cristo. Entonces poseo una paz que el mundo no conoce. *“Jehová es mi pastor; nada me faltará”* (Salmo 23:1). Esto es el lenguaje de confianza y certeza que podemos escuchar en el Domingo 1.

Congregación, para estos hombres jóvenes que compusieron el Catecismo de Heidelberg, eso no era solo un asunto de mero conocimiento intelectual. Ellos lo experimentaron en la vida y en la muerte. Cuando Oleviano estaba a punto de morir, sintió lo que había escrito y proclamado. Recibió el anticipo de la gloria celestial y el gozo eterno. Fue, por así decirlo, absorbido por el amor de Dios de modo que anhelaba partir y estar con Cristo. Cuando uno de sus hermanos en el ministerio lo visitó en su lecho de muerte, le preguntó: “Oleviano, has predicado acerca de Cristo. ¿Es Él ahora tu todo en todo? ¿Estás seguro de tu salvación en Cristo, o no?” Entonces Oleviano puso su mano sobre su corazón y dijo con voz clara: “¡Completamente seguro!” ¡Qué bendición, congregación, cuando los hijos de Dios pueden partir de este mundo de esa forma! ¡Cuándo pueden salir para ver al Rey en ese país ajeno, para nunca más pecar! ¡Cuando pueden echar sus coronas ante los pies del Cordero! ¡Qué bendición inefable! Oleviano y Ursino habían experimentado aquello de lo que escribieron en esta gloriosa confesión.

¿Cómo termina esta confesión? No solo “me asegura la vida eterna”, sino que, además, “me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad”. Así, el Señor hace a su pueblo *dispuesto* para vivir para Él. Sus fallas son muchas y sus pecados numerosos. Quizá cometan menos pecados, pero se reconocen como pecadores más grandes delante de Dios. Sin embargo, un deseo sincero ha sido puesto en sus corazones para vivir para el Señor y buscar Su gloria.

El Señor los hace dispuestos y también *prontos*. Esto significa que los hace capaces; los hace aptos para vivir para Él. Esto es otro beneficio que el Espíritu Santo da a los seguidores de Cristo. Él “produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Si esto no fuera así, sería un caso sin esperanza. Si el Señor no fuera el Primero y el Último, no habría ni un principio de gracia ni un fin de gloria. Cuán a menudo la iglesia tiene que lamentar: *“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago... ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?”* (Romanos 7:19, 24). Pero el Señor obra Su salvación en la vida de Sus hijos. Ellos le pertenecen a Él, y eso no puede permanecer oculto.

¿Cómo demuestran ellos que le pertenecen a Él? ¡*Viviendo en adelante según su santa voluntad!* Ese es su llamado. ¿Es su propia obra? No, es un fruto de la obra del Espíritu de Dios. Cuanto más cerca caminan con Él, más asegurados son. Si no caminan en el temor reverente del Señor, si actúan descuidadamente y se alejan de su lugar, las tinieblas tomarán control de sus almas. Los pecados antiguos volverán a asomar su fea cabeza, y las dudas se infiltran en su corazón. Sin embargo, si buscan el honor de su Rey misericordioso, también experimentarán mucho de Su favor.

Congregación, debemos concluir. Otra vez les preguntamos: “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?” Busquen dar una respuesta a Dios, aquí y en su aposento. Oren por honestidad. Hay personas que se jactan de un Jesús al que han hecho suyo antes de que ese Jesús los hiciera de Él, un Jesús que dicen que les pertenece mientras que nunca le pertenecieron a Él. ¿No resultará esto en la decepción más amarga? Oh, pidan al Señor por sinceridad. Hay otros que lo darían todo en este mundo si tan solo pudieran saber que le pertenecen a Él. Sería para ellos el gozo más grande si el Señor viniera a visitar su alma y les dijera: “*Yo soy tu salvación*” (Salmo 35:3). Su mayor tristeza es sentir lejos al Señor y no poder hacer otra cosa que pecar contra Él. Ah, pero no llorarán por siempre. El Señor Jesús dice: “*Bienaventurados los que están tristes, porque ellos serán consolados*” (Mateo 5:4).

Pueblo de Dios, nada los podrá separar del amor de Cristo. Es verdad que el pecado y la incredulidad seguirán perturbándolos de este lado de la tumba. Por eso, deben anhelar el momento en que serán librados de este cuerpo de pecado y de muerte. Ese tiempo podría estar muy cerca. ¡No pierdan el ánimo! El Señor los llevará a casa y enjugará toda lágrima de sus ojos. Amén.

Salterio 151:4,5